

David Walliams

La increíble historia de...

LA COSA MÁS RARA DEL MUNDO



Esta es la increíble historia de la joven Dalia Dócil y de un ser que... ¡nadie conoce!

Humor y aventuras de la mano del autor número 1 en Inglaterra.

Dalia tiene muy claro lo que quiere y siempre encuentra la manera de conseguirlo. El único problema es que lo que quiere ahora es un DESTO... ¿y esto que es? ¡Nadie sabe a qué se refiere!

Lo único que saben sus padres es que el DESTO aparece en la misteriosa Monstruopedia... ¿Conseguirán encontrarlo fuera de las páginas de este libro?

Para Percy, Wilfred y Gilbert

AGRADECIMIENTOS

ME GUSTARÍA DAR LAS GRACIAS A LOS SIGUIENTES MONSTRUOS:



**ANN-JANINE
MURTAGH**
Mi editora ejecutiva



TONY ROSS
Mi ilustrador



PAUL STEVENS
Mi agente literario



**CHARLIE
REDMAYNE**

Director general de HarperCollins



**ALICE
BLACKER**
Mi correctora



**HARRIET
WILSON**
Editora jefe



**KATE
BURNS**
Editora gráfica



**RACHEL
DENWOOD**

Editora



**SAMANTHA
STEWART**

Directora editorial



**VAL
BRATHWAITE**

Directora creativa



**DAVID
McDOUGALL**

Director artístico



**SALLY
GRIFFIN**

Diseñadora gráfica



**KATE
CLARKE**

Diseñadora gráfica



**ELORINE
GRANT**

Subdirectora artística



**MATTHEW
KELLY**

Diseñador gráfico



**TANYA
HOUGHAM**

Mi audioeditora



**GERALDINE
STROUD**

*Mi directora
de relaciones públicas*

OS PRESENTO A...

El señor Dócil



La señora Dócil



Dalia Dócil



Y un DESTO...

¿?



Esta es la historia de una niña
que lo tenía **todo**,
pero siempre quería **más**.
Concretamente, quería un...

«DESTO».



PRÓLOGO

A veces, los mejores padres del mundo tienen unos hijos que son auténticos monstruos.

Vamos a conocer el caso de la familia Dócil.

Este de aquí es el padre, que se llama Diego Dócil. Tal como sugiere su apellido, el señor Dócil es un hombre de carácter tímido y modales exquisitos. Le gusta vestir en tonos neutros y jamás se atrevería a comer un plátano en público. El señor Dócil trabaja como bibliotecario. Le gustan las **BIBLIOTECAS** porque son lugares pacíficos y silenciosos, como él. Estamos ante un hombre incapaz de matar una mosca. O cualquier otro insecto, ya puestos.



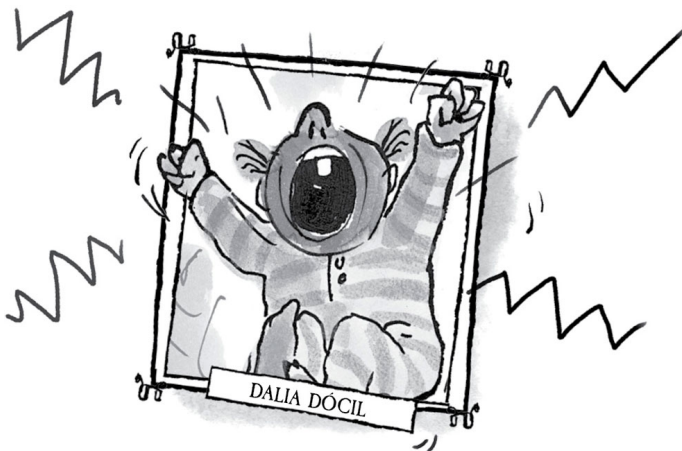
Esta de aquí es la madre de Dalia, que se llama Dorotea Dócil. Sus gafas cuelgan de una cadena que lleva alrededor del cuello.



El momento más embarazoso de su vida fue el día que estornudó en un autobús y todos los pasajeros se volvieron para mirarla. No os sorprenderá saber que también es bibliotecaria. Dorotea y Diego se conocieron, cómo no, en la **BIBLIOTECA**. Eran tan tremendamente tímidos que durante diez años no intercambiaron una sola palabra pese a trabajar juntos, pero al final sus corazones se encontraron en el pasillo dedicado a la poesía. Se casaron al cabo de unos años, y poco después tuvieron una hija.



Esta de aquí es su hija, a la que llamaron Dalia. A lo mejor estáis pensando que no hay nada más tierno que un bebé recién nacido. ¡ERROR! Desde el momento que vino al mundo, Dalia fue una auténtica **PESADILLA** para sus padres. Por más cosas que le dieran —muñecos, peluches, patitos de goma—, nunca estaba satisfecha.



La primera palabra que dijo, el mismo día que nació, fue «¡más!». Lo que entonces pedía a gritos la pequeña Dalia era más leche, aunque ya había engullido casi cinco litros. «Más» era una palabra que la niña nunca se cansaba de repetir.

—¡MÁS! ¡MÁS! ¡MÁS!

Siendo como eran dóciles, tanto de apellido como por naturaleza, Diego y Dorotea no se atrevían a contrariar a su monstruosa hija. Todo lo que la pequeña Dalia pedía, fuera lo que fuese, ellos se lo daban. Le compraban juguetes y MÁS juguetes, aunque la niña no tardaba en destrozarlos. ¡CRAC! ¡CHAS! ¡CATAPLÁN!

—¡MÁS! ¡MÁS! ¡MÁS!

Cuando ya gateaba, empezaron a regalarle ceras para pintar, MÁS y MÁS ceras con las que Dalia garabateaba todas las paredes de la casa.

¡RAS, RAS!

Y luego las rompía en dos.

¡CRAC!

—¡MÁS! ¡MÁS! ¡MÁS!

La niña creció una barbaridad, y es que el señor y la señora Dócil solo le daban de comer galletas de chocolate, una tras otra, venga galletas y más galletas de chocolate, y eso que Dalia disfrutaba de lo lindo escupiéndoles las migas a la cara.



¡CHUF!
—¡MÁS!
¡MÁS!
¡MÁS!